

EL AIRE QUE RESPIRABAN  
NUESTROS MODERNOS

GARCÍA, Miguel Ángel. *Un aire one-roso. Ideologías literarias de la modernidad en España (siglos XIX-XX)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.

«El capitalismo se ha convertido en el aire que respiramos». De este modo tan gráfico y a propósito de ciertas prácticas poéticas explicaba Juan Carlos Rodríguez en 1999 la inmersión plena y absoluta de la sociedad española en el modo de producción hegemónico: la perversa actuación de la ideología dominante sobre las conciencias era comparada con una mediación tan necesaria, y por ello tan fatalmente inevitable, como la del oxígeno que nos mantiene vivos. La imagen está informada por toda una línea de pensamiento crítico de raíz marxista, y ha sido empleada por Louis Althusser, maestro de Rodríguez, para metaforizar esa «relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia» (1988, 27). La ideología enmascara la realidad y se enmascara a sí misma; este es el necesario punto de partida para una consideración de la literatura como discurso *radicalmente*

*histórico* y, por tanto, enraizado en unas determinadas condiciones de producción que se hace imprescindible conocer para comprender las profundas imbricaciones ideológicas del hecho literario.

Sirviéndose de un verso de Pasolini, Miguel Ángel García retoma esta idea para examinar numerosas cuestiones literarias e intelectuales, y por ende ideológicas, que han marcado la senda de la conflictiva modernidad hispánica. Con este libro, que reúne algunos artículos ya publicados con material inédito, el autor ofrece otra muestra de la rica veta productiva que la aproximación althusseriana ha significado para el estudio ideológico del discurso cultural español. Así, se une al esencial estudio de Juan Carlos Rodríguez sobre las primeras literaturas modernas (1990), a los análisis de la literatura hispanoamericana desarrollados por Álvaro Salvador (1986, 1994), al acercamiento a las vanguardias de Antonio Jiménez Millán (1984) y a la lectura de la tradición, desde posiciones hoy más matizadas, efectuada por el poeta y ensayista Luis García Montero (2000, 2006). Quizás Miguel Ángel García sea uno de los que ha trabajado con mayor sistematicidad y rigor desde este prisma, presente en su reciente libro sobre Aldana (2011) y en sus trabajos imprescindibles sobre la generación del 27 (*El 27 en vanguardia*) y la obra de Vicente Aleixandre (*Vicente Aleixandre, la poesía y la historia*). Lo que ocupa ahora a García es el período inmediatamente anterior: cuestiones enjundiosas como la bohemia, la polémica entre Noventa y ocho y

modernismo, el tema de Castilla y el Quijote, la dialéctica entre Ortega y los intelectuales anteriores, el papel controvertido de Campoamor o los méritos de Bécquer, Machado y Juan Ramón demuestran que no por haber sido extensamente tratadas han sido agotadas, y que una aproximación teóricamente sólida ilumina relieves diferentes de los tradicionalmente enfatizados.

La introducción del volumen es toda una declaración de intenciones: consciente, como buen althusseriano, del carácter omnímodo y omnipresente de una ideología que nos condiciona incluso «desde dentro» (p. 14), García consigna las coordenadas de su posicionamiento crítico y alerta sobre las particulares condiciones históricas e ideológicas de ciertos discursos (pos)modernos (Kojève, Fukuyama) que postulan, paradójicamente, el fin de las ideologías y de la historia. García historiza el discurso histórico: repasa las teorías de escuelas historicistas como los *Annals* y las posturas ante la modernidad de Berman, Jauss, Vilar o Duby para alinearse con pensadores como Jameson o Eagleton. Delimita asimismo el objeto de estudio comenzando por matizarlo: en lugar de modernidad hispánica, García prefiere hablar de modernidades, y se propone explicarla(s) como resultado de una particular pugna: la de la modernidad estética y la social o burguesa, en línea con Calinescu y sus *Cinco caras de la modernidad*. Aquí halla un nuevo sentido la metáfora del título: la modernización burguesa es sentida por el artista hispano como un *aire oneroso*, atrapado

entre un pasado que pesa como una losa y un esfuerzo de progreso que se antoja extenuante. Pero sobre todo es muy fructífero su entendimiento de la modernidad como una «categoría narrativa» (p. 33) susceptible de ser estudiada históricamente, pues hace posible una de las principales virtudes del volumen: la coherencia y el rigor teórico del autor se hace pivotar sobre configuraciones textuales concretas, como la imagen de Castilla, el símbolo quijotesco, el alma machadiana o la noción juanramoniana de poesía. Además, ofrece una nueva visión de dicotomías típicas del discurso de la época como los pares pureza/impureza, privado/público o vestido/desnudo. Tal vez sería deseable, en este sentido, un esfuerzo clarificador de estos pares antitéticos, y de su arraigo en la filosofía pequeño-burguesa kantiana, más allá de la referencia al documentado artículo de Juan Carlos Rodríguez de *La norma literaria* (Rodríguez 2001). Este ejercicio de crítica histórica del presente se halla al servicio de una convicción explícita: la de que solo la historia posee el potencial liberador capaz de hacernos sentir el peso de la ideología, en una anagnórisis que no nos libra de ella, pero de la que nos hace, como a Sísifo, conscientes. Pero no es esta la única forma de libertad posible: si el análisis marxista de la dialéctica histórica nos muestra que nada es eterno, que todo es mutable, es posible «la transformación del mundo» (p. 24).

El primer capítulo explora la modernidad de ciertos planteamientos becquerianos como la equivalencia

de poesía y mujer, la procura de una dicción sencilla y la posición alerta frente a la propia modernidad. Miguel Ángel García parte de la división del sevillano entre dos actividades, la prensa y la poesía, que acaban identificándose con la esfera pública y la privada respectivamente, en una escisión ya familiar para la crítica sociológica de la modernidad. A partir del célebre verso «Poesía eres tú», García muestra cómo la poética contiene ideología de clase (la poesía como posesión privada del hombre) pero también de género (la mujer como poesía que solo el hombre puede escribir) y, así, su análisis entronca con una línea de pensamiento crítico sobre el carácter ideológico de los sentimientos procedente de Williams (*Marxismo y literatura*) o Luhmann (*El amor como pasión*) y continuada actualmente por Eva Illouz (2007, 2009). Las referencias al rebajamiento tonal y a la distancia entre escritura y sentimiento (que hermanarían a Bécquer con Wordsworth) se acompañan de una reflexión sobre la dialéctica entre desnudo y vestido que muestra cómo incluso el primer polo responde siempre a un artificio, aunque el problema de encarnación lingüística que implican textos como la «Introducción sinfónica» no sea siempre subrayado. Al señalar la ambivalencia ante la modernidad mostrada por Bécquer en algunos artículos sobre la moda o las costumbres, García sitúa implícitamente al poeta sevillano en la nómina hispánica de «antimodernos» que, como ha explicado Compagnon a propósito de Baudelaire y otros (2007), vendrían a probar que

la verdadera modernidad va unida a una mezcla de prevención y fascinación ante lo nuevo.

En el segundo capítulo, se analiza el papel de Campoamor, una figura cuya reivindicación ha provocado no pocas controversias y que, considerada como un nexo de necesaria «moderación» (p. 70) entre romanticismo y modernismo, cubriría el período «del parto a la crisis de una ideología» (p. 70), la burguesa, que reacciona frente a la expulsión del artista por las leyes del mercado ya no con el aislamiento, sino con una apuesta por adaptarse a la prosa mundanal. Entre el conservadurismo y el realismo, García encarece la significación de una postura *integrada* que tendría en el 98 sus continuadores. Quizá lo más relevante del capítulo es el diagnóstico de la no siempre clara influencia de Campoamor en la tradición moderna: García advierte el alcance de su intento de «acercar el lenguaje poético al lenguaje común» (p. 91) que, aunque fallido (y aquí desmiente a Cernuda), sí tiene la virtud de inaugurar una senda de narrativización y dramatización poéticas. Con eslabones conocidos en Unamuno, Machado y el propio Cernuda, esta vía llegaría a la poesía experiencial de Gil de Biedma e informaría ciertos presupuestos de la otra sentimentalidad granadina (pp. 95-96).

El tercer capítulo explica la contradictoria modernidad de Ganivet como respuesta pequeño-burguesa al capitalismo, solidaria de una melancolía paralizadora y reaccionaria, pues acaba idealizando una sociedad preindustrial que, como recuerda

García, en Andalucía solo fue «signo de explotación y de pobreza» (p. 111). De nuevo este argumento se pone exitosamente al servicio del análisis de una proyección textual específica: la reconfiguración de Don Quijote en el *Idearium español* como un personaje con ansias transcendentales que renuncia a la suciedad empírica de la materia. Este capítulo es fundamental porque inicia una línea de indagación muy sagaz en las inflexiones ideológicas de la reescritura mitologizante del personaje cervantino efectuada por el Noventayocho y, posteriormente, por Ortega, que hallará continuación en los capítulos quinto, séptimo y noveno. Así, en el capítulo quinto, se explora el conflicto entre las dos posiciones mentadas respecto a una preocupación común: el destino de España y sus relaciones con Europa y el tiempo histórico. La figura de Cervantes sirve a Ortega para refutar la reticencia frente a lo europeo de Unamuno, pero sobre todo para plantear una idea de España como posibilidad no realizada y secularmente frustrada, que tiene en un futuro abierto a Europa perspectivas de cristalización futura. Es fundamental la lucidez con que García muestra cómo Ortega plantea una alianza de la burguesía con las clases obreras —así, en su idea de un partido Liberal Socialista— que ilustra el presupuesto marxista según el cual burguesía y proletariado se unen, en un primer momento, contra el antiguo régimen feudal. Esta alianza un tanto *contra natura* sería común a una serie de iniciativas emancipadoras y modernizadoras como el krausismo, que tanto habría influido

en Machado, y acabaría actuando como poderosa herencia en el proyecto político de Azaña y la Segunda República. El capítulo séptimo examina precisamente la evolución de Machado desde la lealtad a Unamuno y el respeto, no exento de serios reparos, a las ideas azorianas, hasta un cierto alineamiento implícito con las posturas constructoras de Ortega, que le permiten contrarrestar la mirada nostálgica hacia el pasado con el avistamiento de «un nuevo tiempo de Historia para España» (p. 211). No descuida el autor la atención a núcleos semánticos como el de «alma» para testar sus lecturas ideológicas. El capítulo noveno, en fin, cierra esta línea de atención al Quijote con un estudio del quijote azoriniano que tiene en cuenta la interpretación «sentimental» realizada bajo el influjo de la psicología romántica de los pueblos y el determinismo del ambiente. Al mismo tiempo, se subraya la fertilidad de la lectura azoriana, obvia ante la riqueza del conflicto y diálogo por ella suscitados.

No sólo las posiciones *comprometidas* de los recién estrenados intelectuales son examinadas desde la óptica ideológica, sino que también se observa la dinámica histórica que conforma la pretendida autonomía estética y sus múltiples derivaciones. Así sucede en el capítulo cuarto, con el refugio del Valle-Inclán de *La lámpara maravillosa* en el reino del lenguaje y la musicalidad poética, algo que tiene como causa directa un factor de lo más prosaico: el cambio en unas relaciones de producción que pasan a privilegiar lo útil y provocan

la reacción pendular de un artista que acaba definiendo su tarea como inútil. La exquisitez sonora de ciertas obras de Valle se sitúa en la tradición de una «metafísica romántica de la música» (p. 125), que ha estudiado magistralmente Juan Carlos Rodríguez (1994) y permite identificar los componentes éticos y vitales de una postura que no puede reducirse a una simple estética evasiva.

La verdadera naturaleza de una bohemia que se presenta como externa al incipiente sistema capitalista es abordada en el capítulo sexto, en el que una lectura atenta de textos de Carrere y Darío sirve para descubrir su condición de periferia necesaria para todo centro. Miguel Ángel García recuerda los análisis de Bourdieu del campo literario francés que encumbra la consigna de *l'art pour l'art*, y recurre a Foucault para explicar que determinadas metáforas de expulsión como el hospital o el manicomio solo constituyen un falso afuera que delimita la sociabilidad burguesa. Se refieren a la marginalidad de los hampones o a la torre de marfil, sintomatizan siempre la búsqueda de un espacio propio –también frente a la naturaleza, y ahí García identifica la obsesión escritural moderna– y, muy especialmente, traicionan la desubicación pequenoburguesa y «su concepto artesanal y precapitalista del trabajo en el mundo de la burguesía industrial y del capitalismo» (p. 183). Resulta muy sugestivo el examen de los distintos grados de integración de los bohemios en un sistema al que critican pero al que inexorablemente pertenecen, pues comparten

con él el respeto a máximas como la valoración del trabajo (estético) y no muestran una simpatía políticamente activa con los excluidos. Los últimos peldaños de esta vía esteticista los constituyen el exotismo orientalista del Modernismo y la poetización de la vida en la obra de Juan Ramón, que ocupan los capítulos octavo y décimo respectivamente, y que son analizados en su estrecha dependencia con las dinámicas ideológicas de la independencia latinoamericana en el primer caso, y de las oscilaciones reformistas de la España de la época en el segundo.

El volumen posee una sólida trazazón interna, en la medida en que su estructura, que renuncia a un imposible orden cronológico, está determinada por múltiples aproximaciones a un objeto de estudio también múltiple, y que se realizan desde la lente, estrictamente delimitada, de la crítica althusseriana. El preciso emplazamiento ideológico no impide una gran destreza en el manejo de la bibliografía, en ocasiones muy numerosa, existente sobre los temas tratados, con la que este libro entabla un diálogo funcional y pertinente. En su objetivo, plenamente cumplido, de iluminar zonas oscuras de un terreno conocido, se atiende a (dis)continuidades históricas y personales que resultan reveladoras.

La voluntad analítica y crítica de Miguel Ángel García encierra una lección: el aire que respiraban los primeros modernos era el de un capitalismo incipiente. Nosotros estamos ya fagocitados por el sistema. Sólo en el momento del acto crítico e histórico

tomamos conciencia de nuestra propia condición: es el instante brevísimo de la lucidez, y por ello el paso ineludible para cualquier transformación. Como en la poesía, aquí la teoría y la vida se dan la mano.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALTHUSSER, L. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- CALINESCU, Matei. *Cinco caras de la modernidad. Modernismo. Vanguardia. Decadencia. Kitsch. Postmodernismo*. Madrid: Tecnos, 2003.
- COMPAGNON, Antoine de. *Los antimodernos*. Barcelona: Acantilado, 2007.
- GARCÍA, M. Á. *El 27 en vanguardia. Hacia una lectura histórica de las poéticas moderna y contemporánea*. Valencia: Pretextos, 2001.
- *Vicente Aleixandre, la poesía y la historia*. Granada: Comares, 2001.
- *La poética de lo invisible en Juan Ramón Jiménez*. Granada: Diputación de Granada, 2002.
- «Sin que la muerte al ojo estorbo sea». En *Nueva lectura crítica de Francisco de Aldana*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2011.
- GARCÍA MONTERO, L. *El sexto día. Historia íntima de la poesía española*. Madrid: Debate, 2000.
- *Los dueños del vacío*. Barcelona: Tusquets, 2006.
- ILLOUZ, E. *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz, 2007.
- *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Katz, 2009.
- JIMÉNEZ MILLÁN, A. *Vanguardia e ideología. Aproximación a la historia de las literaturas de vanguardia en Europa (1900-1934)*. Málaga: Universidad de Málaga, 1984.
- LUHMANN, N. *El amor como pasión*. Barcelona: Península, 2008.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos. *Teoría e historia de la producción ideológica*. Madrid: Akal, 1990.
- *La poesía, la música y el silencio: De Mallarmé a Wittgenstein*. Sevilla: Renacimiento, 1994.
- *Dichos y escritos: sobre la otra sentimentalidad y otros textos fechados de poética*. Madrid: Hipérior, 1999.
- «Formalismo e historicismo: una falacia arqueológica». En *La norma literaria*. Barcelona: Debate, 2001, pp. 33-57.
- SALVADOR, Á. *Rubén Darío y la moral estética*. Granada: Universidad de Granada, 1986.
- SALVADOR, Á y RODRÍGUEZ, J. C. *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana: las literaturas criollas de la independencia a la revolución*. Madrid: Akal, 1994.
- WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1988.

Margarita García Candeira  
 Universidad de Huelva  
 margarita.garcia@dfesp.uhu.es